

LA SOCIOCRÍTICA. OTRA PERSPECTIVA PARA LA SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Ariel González Rodríguez
pailock24@yahoo.
Magister en Literatura Hispanoamericana

RESUMEN

La sociocrítica poco a poco comienza a expandirse en el pensamiento latinoamericano encargado de dar cuenta de la literatura. No ha llegado en solitario sino refundida con otras perspectivas teóricas de herencia postestructuralista y, también, con los estudios culturales, a los cuales hay que reconocerles el haber reorientado, en la crítica latinoamericana, los complejos asuntos referidos a la relación literatura y sociedad. Conviene, entonces, valorar la propuesta de la sociocrítica a la luz de sus aportes fundamentales, pero sobre todo, en contraste con otros modelos críticos en la ya extensa historia del pensamiento cultural de nuestro continente.

Expresiones claves.

- Sociocrítica y literatura
- Sociología de la literatura latinoamericana
- Crítica literaria latinoamericana
- Sociocrítica y estudios culturales

La sociocrítica es una modalidad de análisis literario que ha cobrado gran fuerza en las últimas décadas del siglo XX y lo que va del nuevo siglo. Parte de una reconciliación entre los estudios internos de la obra y aquellos que priorizaban los aspectos externos, como las condiciones sociales y económicas. Se trata entonces de un camino recorrido por la tradicional sociología literaria, con autores tan relevantes como George Lukàcs y Lucien Goldmann, quienes imbuidos por la fuerte tradición hegeliana procuraron construir una dialéctica de la relación literatura sociedad. El primero con su idea de la totalidad¹, el segundo, retomando a Lukàcs para elaborar su estructuralismo genético². Esta sociología de la literatura tenía en común el hecho de que establecía la relación entre literatura y sociedad a través de una mediación refleja, es decir, positiva, por cuanto pasaba por alto las relaciones conflictivas entre los discursos literarios y los discursos sociales.

Surge entonces la sociocrítica como una respuesta a esa falencia. De cierta manera, se trataba también de rescatar un pensamiento olvidado, el de Mijail Bajtín, quien desde su réplica a los formalistas rusos ya daba las pautas para una lectura sociosemiótica del texto literario, toda vez que consideraba que la literatura era la puesta en forma de una acción valorativa especial, la cual a su vez participaba de un espacio de puntos de vista diferentes. La otra referencia histórica de la sociocrítica es el pensamiento de Theodor Adorno. Su estética negativa, la cual consideraba a la literatura siempre como una negación de las ideologías impuestas, sirvió sobremanera para refrendar el carácter crítico del texto literario, su condición irrecusable de proponer una mirada axiológica del mundo. Para ello es necesario volver a lo interno del texto, pues es allí donde se produce la inscripción de lo social. La sociocrítica constituye un paradigma de análisis textual cuya intención es reconstruir el diálogo crítico que está presente en la obra, por medio de la apropiación de los discursos sociales, ideologías, mentalidades, imaginarios, etc, los cuales son resignificados en pos de la toma de posición axiológica del autor, en un campo literario determinado (Bourdieu), es decir, en el complejo de relaciones objetivas que arman el espacio de circulación de las obras, sus condiciones de producción, y que es responsable también de la construcción del valor literario.

1 La cual podría definirse de forma general como la teoría de que ningún hecho puede ser ni comprendido ni explicado sino es en el contexto de un todo coherente.

2 También basado en la idea hegeliana de la totalidad, pero recogiendo además la herencia estructuralista, en ese sentido, dirá Goldmann que ninguna estructura es una construcción de significado genéticamente dependiente de estructuras englobantes.

Así las cosas, la sociocrítica poco a poco comienza a expandirse en el pensamiento latinoamericano encargado de dar cuenta de la literatura. No ha llegado en solitario sino refundida con otras perspectivas teóricas de herencia postestructuralista, y también con los estudios culturales, a los cuales hay que reconocerles el haber reorientado, en la crítica latinoamericana, los complejos asuntos referidos a la relación literatura y sociedad. Conviene, entonces, valorar la propuesta de la sociocrítica a la luz de sus aportes fundamentales, pero sobre todo en contraste con otros modelos críticos en la ya extensa historia del pensamiento cultural de nuestro continente. Ha sido una constante en las décadas finales del siglo anterior y lo que va del nuevo milenio la idea de que, en cuanto a pensamiento, Latinoamérica ha sido poco original. Al menos en lo que a teoría literaria se trata, por nuestras tierras han desfilado todas las corrientes y escuelas originarias del viejo continente o del vecino del norte. Unas veces por medio de verdaderos trasplantes metodológicos, que no reparaban en las "realidades propias" de Latinoamérica, otras, ejerciendo una depuración adaptativa de esas teorías ¿foráneas?, de modo que se ajustaran a "nuestra realidad". En el medio del proceso, se asentaba la polémica, aún viva, sobre el "colonialismo cultural" implícito en esas apropiaciones teóricas.

Y ahora, sumado a esa lista profusa de "ismos" del pensamiento (formalismo, estructuralismo, postestructuralismo, materialismo-histórico), que completan los Estudios Culturales cuyo origen parece ser más globalizado, surge la sociocrítica, como una instancia de reflexión que busca sustituir, aquí también, a la enclaustrada sociología de la literatura tradicional (muy sometida en nuestros lares a las prescripciones del marxismo-leninismo) y que tiene a sus principales exponentes, una vez más, en Europa. Nombres como Edmond Cross, Pierre Zima, Marc Angenot, Claude Duchet, o el archiconocido Pierre Bourdieu, ya circulan en numerosos textos de académicos latinoamericanos, y proporcionan una mirada a la literatura que la rescata del solipsismo romántico de pasados formalismos.

Luego esto reaviva la vieja polémica de los préstamos teóricos o, más preciso aún, nos hace pensar sobre nuestras condiciones de producción del conocimiento, las cuales probablemente impidan el surgimiento de una teoría verdaderamente latinoamericana.

En ese sentido, hay que tener en cuenta el hecho de que Latinoamérica es el resultado histórico del proceso cultural que hoy llamamos Occidente, encaminado hacia una globalización cultural cada vez más integradora. Las dificultades que ello entraña añaden otra variable a la discusión sobre las pertinencias teóricas, puesto que, aún cuando se producen luchas muy válidas en pos de la multiculturalidad, resulta inevitable que determinados procesos tiendan a una universalización mayor. La literatura, que es de por sí un ámbito poco institucionalizado según Bourdieu³, quizás se preste con mayor rigor a esa desterritorialización. Eso quizás conduce a pensar que las categorías estéticas y teóricas no necesariamente tienen que ajustarse a literaturas particulares. El consenso, al menos en lo que puede atestiguar desde la propia reflexión cultural, es que (para utilizar un ejemplo concreto) el concepto de campo funciona lo mismo para hablar de la literatura francesa que de la colombiana o argentina. Y en el trasfondo de eso está que tanto la literatura francesa, como la peruana, y cualquiera de este planeta, está hecha con el mismo material universal: el lenguaje.

³ En la medida en que no están institucionalizados los mecanismos y reglas de juego que organiza a los agentes del campo. Por tal razón también es poco pertinente hablar de fronteras definidas de un campo particular. Ver Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1995.

Ahí es donde la sociocrítica ofrece un recurso válido para la reflexión sobre la literatura, pues uno de sus principios fundamentales está en reconocer el valor de la palabra o, para ser más exacto, del texto. El texto para la sociocrítica es un espacio de interacciones culturales, complejo, dinámico y, sobre todo, funcional. Aquí se reconocen muchas herencias teóricas anteriores, y eso es una consecuencia de la revisión crítica, y, sobre todo, de la redefinición del carácter científico de la teoría literaria (al menos, ya que la crítica literaria se resiste a todo intento de objetivación). Por mucho tiempo la literatura se concibió como un ente aislado de lo social y proliferó toda una tecnología analítica cuya finalidad no parecía muy clara, es decir, no se tenía una precisión sobre la utilidad de los complejos andamiajes semióticos que explicaban el texto desde su interioridad estructural. Por otra parte, hubo otros muy inspirados en la tradición de cierto marxismo, materialista-histórico o de los que alguna vez llamaron "revisionistas occidentales", a los que parecía serles suficiente la adecuación del texto literario a la historia, las clases sociales, a la base socioeconómica, reduciendo la estética a una representación refleja de la estratificación social.

Contra esa falsa dicotomía entre análisis interno y análisis externo se revela la nueva sociocrítica, uno de los primeros en hacerlo es Pierre Bourdieu. Su reconocida teoría del campo literario es un intento por borrar esa frontera y alertar sobre la existencia de una mediación entre la obra literaria y la sociedad. El campo literario es una compleja red de relaciones objetivas organizada según ciertas reglas de juego y algo que está en juego, esto es, el capital específico que da garantía de consagración y también el poder de consagrar. No es difícil advertir en esta propuesta una resonancia de la importantísima reflexión sobre el poder, generada por algunos exponentes del postestructuralismo, con Foucault a la cabeza. Con esa idea de la organización social se llega, entonces, a ver la literatura como una toma de posición frente al universo cultural que la engloba y que le da sentido. En últimas, la literatura no es más que un texto dialogante.

Ya lo había advertido Mijail Bajtín (1986) desde que desarrollara su crítica del formalismo ruso. Su percepción de que el objeto estético se constituye por la riqueza dada en su selección de todo el universo simbólico humano y la proyección de una acción valorativa especial (el punto de vista), proporciona una visión mucho más acabada de la literatura, pues la coloca en correlación con otros discursos culturales. Si la teoría fuerte de tradición aristotélica había dado al texto literario la función mimética, representativa, que volcara a todos sobre las facultades del lenguaje para reproducir la realidad. A partir de Bajtín cobraría mayor preponderancia el componente crítico. Sobre todo, teniendo en cuenta que la literatura, toda vez que se manifiesta por el lenguaje, está irremisiblemente cargado ideológicamente.

Julia Kristeva recogió el legado bajtiniano en el muy conocido concepto de intertextualidad, el cual, luego de una etapa de excesos propios de ciertas modas intelectuales, finalmente asume su principal funcionalidad. Con la sociocrítica la intertextualidad gana categoría sociológica y la literatura comienza a verse como un diálogo intertextual con la sociedad, también “leída” como texto. Así, es posible atender a los diálogos particulares de la literatura con las ideologías sociales y pueden calibrarse las apuestas autorales en el complejo espacio de las tomas de posición. Éstas ya no habrían de guardar la misma fisonomía epistemológica de la ideología, como se sabe, siempre entregada a una percepción naturalista de las cosas, o como la definiera Marx; “falsa conciencia”, sino que resguardaría su impronta crítica, su condición evaluadora y, en últimas, contingente. En la literatura la ideología deviene axiología.

Con la entronización en Latinoamérica del debate sobre la postmodernidad, unas veces de la mano de seguidores del postestructuralismo, tan entregado a deconstruir toda centralidad, toda autoridad y, también, de los Estudios Culturales, que no necesariamente son otra cosa, la sociocrítica ha pasado a formar parte del acervo intelectual latinoamericano. El principal ejercicio ha consistido en estudiar la forma como la literatura, desde su discurso, problematiza todos los discursos de autoridad, aquellos, en fin, cuya función ha sido básicamente sostener relaciones de dominación, de dependencia, de legitimación de poderes sobre la base de creencias ideológicas absolutas, encargadas de poner en los márgenes aquellos signos de la diferencia. En últimas, la sociocrítica ha llegado para participar del festín intelectual que hoy trabaja desde la interdisciplinariedad para explicar el fenómeno histórico, social y cultural que es Latinoamérica, territorio de la hibridez, según Canclini, donde la modernidad, ¿postergada?, parece convivir con signos de sensibilidad postmoderna, o, como propusiera Fernando Cruz Kronfly, seducida por una contemporaneidad convocada con una mentalidad pre-moderna.

La crítica latinoamericana ya ha podido elaborar su propia percepción de cómo la literatura toma posición con respecto a esos fenómenos macroculturales.

El diálogo no siempre es directo, no puede descartarse la posibilidad de que algún escritor no sea otra cosa que un hijo de su época y en su obra aparezcan esos signos del presente como una obsesión aparentemente inconsciente. Por otra parte, la crítica también se percata de que la obra no construye su valor sino es por medio del campo literario, y éste, a su vez, despliega sus fuerzas en constante tensión con el campo de poder. Por cuanto las tomas de posición, estéticas y axiológicas (la separación es heurística pues, desde Bajtín también se ha aprendido que lo axiológico se desprende significativamente de la forma arquitectónica), produce un diálogo múltiple, o sea, se dirige no sólo a la esfera autónoma de la literatura sino que por esa mediación enfoca su visión crítica de la sociedad en su conjunto; ese es el punto desde el cual la sociocrítica toma distancia de la sociología de la literatura clásica, de Lukàcs y Goldmann. En ese sentido, es justo reconocer la contribución a la sociocrítica de la “estética de la negatividad” de Teodor Adorno y, en correspondencia, de los aportes de la conocida Escuela de Frankfurt. La sociocrítica ya está produciendo trabajos memorables e imprescindibles para entender el fenómeno literario en Latinoamérica. Debemos esperar que no sea solamente un traslado de marcos conceptuales, sino que desde Latinoamérica le proporcionemos una mayor solidez teórica. Así no será necesario volver a las viejas polémicas de colonización intelectual. En relación con ese tema, me permitiré una anécdota: recuerdo hace unos años en la televisión cubana una disputa entre raperos y repentistas. Querían hacernos ver que el repentismo era la esencia de Cuba y el rap lo foráneo, lo no cubano. Aquella disputa me pareció tremendamente inútil e injusta, pues el rap tenía apenas unos años de haber llegado a Cuba, mientras la espinela llevaba siglos. Todo lo cual me despertaba las siguientes preguntas: ¿Quién tiene derecho de nacionalidad sobre los productos de la cultura y intelectualidad humana? ¿Por qué Kant, Marx, Weber o Foucault no son pensadores latinoamericanos, si ellos son tan humanos y occidentales como nosotros, y nadie ha podido probar aún la inutilidad de ése pensamiento para explicarnos América?.

LITERATURA CITADA

Bajtín, M. (1986). *Problemas literarios y Estéticos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Zima, P. (1985). *Manuel de sociocritique*. Paris. Picard Editeur.